

ANTROPOLOGÍAS HECHAS EN LA ARGENTINA

ROSANA GUBER Y LÍA FERRERO

(EDITORAS)

VOLUMEN I



ASOCIACIÓN LATINOAMERICANA DE ANTROPOLOGÍA

Rosana Guber y Lía Ferrero

Antropologías hechas en la Argentina. Volumen I / Rosana Guber y Lía Ferrero (Editoras);
1ra. Edición en español. Asociación Latinoamericana de Antropología, 2020
682p.; tablas.; gráficos; mapas.

ISBN:

978-9915-9333-0-6 OBRA COMPLETA

978-9915-9333-4-4 Volumen I

Hecho el depósito legal que marca el Decreto 460 de 1995

Catalogación en la fuente – Asociación Latinoamericana de Antropología

© Asociación Latinoamericana de Antropología, 2020

© Rosana Guber y Lía Ferrero (Editoras), 2020

1era Edición, 2020

Asociación Latinoamericana de Antropología

Diseño de la Serie: Editorial Universidad del Cauca

Fotografía de portada: Leopoldo J. Bartolomé. Misiones, S.f. / S.a.

Diagramación: José Gregorio Vásquez C.

Diseño de carátula: José Gregorio Vásquez C.

Editor general de la Colección: Eduardo Restrepo

Copy Left: los contenidos de este libro pueden ser reproducidos en todo o en parte, siempre y cuando se cite la fuente y se haga con fines académicos y no comerciales.

Edición 2020

Contenido

Agradecimientos	11
Introducción	15
ROSANA GUBER Y LÍA FERRERO	
1. El territorio habitado. Origen, arrinconamiento y periferia	
Presentación, palabras clave y lecturas recomendadas	45
La eternidad de lo provisorio. El sistema geográfico de Enrique Delachaux y el orden de las colecciones antropológicas en la Argentina	47
IRINA PODGORNÝ	
Tucumán y su antropología de provincia con proyección nacional	77
SERGIO CARRIZO	
Religión, política y prehistoria: una nueva apreciación del persistente legado de Oswald Menghin	95
PHILIP L. KOHL Y JOSÉ A. PÉREZ GOLLÁN	
Raza, raciología y racismo en la obra de Marcelo Bórmida	127
ROLANDO SILLA	
Antropólogos y antropología entre las Universidades Nacionales de La Plata, Litoral y Córdoba. Circulación de personas, saberes y prácticas antropológicas en torno del liderazgo académico de Alberto Rex González (1949-1976)	151
MIRTA BONNIN Y GERMÁN SOPRANO	

Análisis histórico y estado actual de la antropología biológica en la Argentina	183
---	-----

RAÚL CARNESE, JOSÉ COCILOVO Y ALICIA GOICOECHEA

2. Articulaciones locales de la expansión. Procesos de clasificación, colonización y nacionalización

Presentación, palabras clave y lecturas recomendadas	219
--	-----

Los diaguitas y el Tawantinsuyu. Una hipótesis de conflicto	221
---	-----

ANA MARÍA LORANDI

Invencción, circulación y manipulación de clasificaciones en los orígenes de una antropología misionera	241
---	-----

GUILLERMO WILDE

Perspectivas antropológicas para el análisis histórico de las fronteras	275
---	-----

LIDIA R. NACUZZI Y CARINA P. LUCAIOLI

Los llanos riojanos en el siglo XVIII. Problemas, actores y métodos en una investigación interdisciplinaria	305
---	-----

ROXANA BOIXADOS Y JUDITH FARBERMAN

Arqueólogos y brujos: la disputa por la imaginación histórica en la etnogénesis Huarpe	327
--	-----

DIEGO ESCOLAR

3. Nuestra primera antropología social

Presentación, palabras clave y lecturas recomendadas	359
--	-----

La producción del conocimiento antropológico-social en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional del Litoral, entre 1956-1966. Vínculos y relaciones nacionales	361
--	-----

EDGARDO GARBULSKY

Poblamiento y actividad humana en el extremo norte del Chaco Santiagueño	379
--	-----

SANTIAGO BILBAO

De Empedrado a Isla Maciel. Dos polos del camino migratorio HUGO RATTIER	441
¿Patronazgo o cooperativismo? Obstáculos a la modificación del sistema de interacción social en una comunidad del noroeste argentino ESTHER HERMITTE Y CARLOS HERRÁN	463
Procesos de transición en comunidades de obreros rurales y articulación social HEBE M.C. VESSURI	487
Ideología y organización de las Ligas Agrarias del norte de Santa Fe, 1971-1976 EDUARDO ARCHETTI	525
La familia matrifocal en los sectores marginados. Desarrollo y estrategias adaptativas LEOPOLDO BARTOLOMÉ	547
 4. Las lenguas de un país monolingüe	
Presentación, palabras clave y lecturas recomendadas	575
Los pueblos indígenas del Gran Chaco JOSÉ BRAUNSTEIN	577
Convergencia lingüístico-cultural en el análisis de los toba 'qom' hablantes asentados en el barrio Los Pumitas, Rosario, Argentina MARGOT BIGOT Y HÉCTOR VÁZQUEZ	589
El 'hablar bien' mapuche en zona de contacto: valor, función poética e interacción social LUCÍA GOLLUSCIO Y ANA RAMOS	605
"Guaraní sí, castellano más o menos". Etnografía en colaboración con niños/as en una escuela rural de Corrientes, Argentina CAROLINA GANDULFO	631
Clase, masculinidad y lenguas en el trabajo migrante santiagueño HÉCTOR ANDREANI	657

De Empedrado a Isla Maciel: dos polos del camino migratorio¹

HUGO RATIER²

Antecedentes

El presente trabajo constituye una primera elaboración de datos recogidos en el transcurso de sendos trabajos de campo en Empedrado, provincia de Corrientes, e Isla Maciel, población ubicada en el partido bonaerense de Avellaneda. Ya dimos a conocer en un trabajo anterior las circunstancias que nos llevaron a abordar el tema de las migraciones internas, y reseñamos asimismo muy apretadamente la labor estadística previa, relatando también las

1 Publicación original: Ratier, Hugo. 1969. De Empedrado a Isla Maciel. Dos polos del camino migratorio. *Etnia* (9): 1-9. Agradecemos a *Etnia* su autorización para republicar este artículo.

Este artículo, publicado en la revista olavariense *Etnia*, constituyó una de las bases fundacionales para transformar el fenómeno urbano, la pobreza en las ciudades, y la migración desde los interiores provinciales a las metrópolis argentinas, en objetos legítimos de una antropología concentrada, hasta entonces, en los pueblos indígenas residentes en medios rurales apartados. Junto a *Antropología Urbana, una experiencia comparativa*, fue realizado desde el Centro de Desarrollo de Isla Maciel, a cargo del Departamento de Extensión Universitaria de Filosofía y Letras de la UBA, en una de las “villas miseria” más antiguas de Buenos Aires. La novedad de este texto fue evitar el recurso teórico, habitual por entonces en la sociología y la antropología culturalista, de atribuir las condiciones de vida de los pobres urbanos inmigrantes a sus culturas de origen. Para ello, inspirado en los textos de Oscar Lewis en México, fundó su análisis en el trabajo de campo en los dos polos de la migración. En los años siguientes, y para contestar los prejuicios sobre las “villas” como “antros de ladrones y prostitutas”, escribió algunos cuadernillos de la colección Historia Popular del Centro Editor de América Latina, sobre *Medicina Popular* y *Villeros y villas miseria*. De estas ediciones, la más conocida es *El cabecita negra*, el ‘primer tratado’ (y por mucho tiempo el único) sobre el racismo criollo en Buenos Aires contra los mestizos interioranos que irrumpieron como actores políticos siguiendo a Juan D. Perón en 1945. Para acceder a la extensa trayectoria de Ratier, ver Otras lecturas recomendadas. Complementar con secciones 4 (H. Andreani), 6 (L. Tamagno y D. Maffia, G. Karasik) y 7 (S. Sapkus).

2 Investigador (jubilado), profesor consulto de la Facultad de Filosofía y Letras (UBA) y profesor emérito de la Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires, UNICEN.

primeras impresiones que traíamos del contacto con el campo. Remitimos al lector interesado a esta fuente (Ratier 1967).

Solo queremos recordar que el marco teórico de toda esta tarea partía del presupuesto de que la migración rural-urbana debe estudiarse en contextos concretos, guardando los recaudos cuantitativos necesarios para que la muestra considerada represente el universo total. La investigación nació de nuestro contacto con el *centro piloto* para el desarrollo de la comunidad de Isla Maciel, donde cumplíamos tareas docentes y de asesoramiento dentro de un equipo interdisciplinario, bajo la dependencia del Departamento de Extensión Universitaria de la Universidad de Buenos Aires.

El trabajo suponía un largo contacto con el campo en ambos lugares de investigación: Empedrado e Isla Maciel. Circunstancias ajenas a nuestra voluntad determinaron la suspensión de ese plan cuando apenas se había cumplido un viaje prospectivo a Empedrado y se iniciaba la tercera etapa: labor intensiva con familias empedradeñas radicadas en Isla Maciel.

El estudio, pues, no se llevó a cabo en condiciones ideales y somos los primeros en señalar sus limitaciones. No obstante, quisimos darlo a publicidad rogando a lector tenga presente que lo que sigue surgió de un trabajo de campo de un mes (enero de 1966) en el departamento Empedrado (Corrientes) y de otro período discontinuo de labor en Isla Maciel, cuya duración total no superó los noventa días. En este escenario, sin embargo, los probables errores quizás puedan balancearse con la experiencia de terreno del autor, en tres años de trabajo.

Nos acompañaron en el campo la Sra. Nelly C. Piña y el Sr. Hugo Oddone Scura, ambos estudiantes de ciencias antropológicas. A la Sra. Piña debemos no solo una eficaz colaboración, sino aportes sustanciales en todo el transcurso del trabajo y su elaboración. Asimismo, nos brindó generosamente datos inéditos obtenidos en el invierno de 1966, los que completaron o corrigieron los nuestros.

Otro tanto cabe apuntar respecto del ahora Licenciado Oddone, nuestro profesor en el breve cursillo de guaraní que precedió al viaje, cuyo profundo conocimiento de esa, su lengua materna, nos permitió penetrar en un sector vital del universo en estudio. Por último, debemos advertir que por razones metodológicas y éticas hemos cambiado los nombres y apellidos de nuestros informantes.

Empedrado, punto de partida

El departamento

El departamento Empedrado se encuentra ubicado sobre el río Paraná, muy cercano al departamento Capital, con el que limita por el norte. Al este lo rodean los departamentos San Luis del Palmar, Mburucuyá y Saladas. Hacia el oeste, del otro lado del río, limita con las provincias de Santa Fe y Chaco. Asume una forma más o menos triangular, con la base sobre el Paraná y el vértice hacia el este. Cuenta con una superficie de 2.023 km² y una población de 18.444 habitantes, con una densidad de 9,1 habitantes por km² (estimación 1964).

Participa del clima subtropical propio de la Mesopotamia, con abundantes precipitaciones pluviales. Además, cuenta con un alto porcentaje de terrenos bajos y anegadizos, cuya máxima expresión son los esteros y bañados del Madregón, del Pollo y de San Lorenzo. Justamente, en 1966 se produjo una pavorosa inundación que asumió alcance de catástrofe nacional, la que afectó con dureza al departamento. Se halla unido a Buenos Aires y a la capital de la provincia por el Ferrocarril Nacional General Urquiza y por la Ruta Nacional N° 12, asfaltada solo dentro del territorio provincial. El río, otrora importante vía de tránsito, ha perdido tal condición.

La única población urbanizada es la capital. Ninguna de las otras localidades pasa de caserío, sin trazado alguno. Las casas se encuentran allí distanciadas entre sí, dispersas a lo largo de las rutas o en la vecindad de las estancias.

Producción

Según D. Esteban Raffeti, uno de nuestros informantes calificados, hombre de ochenta años, nativo de Empedrado, la superficie del departamento se divide en partes iguales entre agricultura y ganadería. Tal aserto no es corroborado por nuestra información documental. Según la *Síntesis estadística provincial*, solo el 11% de las tierras se dedican a agricultura, mientras que el 56% se halla ocupado por campos naturales de pastoreo, aptos para la ganadería. Un 16% está cubierto por montes y bosques naturales, y casi el 10% está constituido por tierras aptas no aprovechadas.

Cabría suponer que la existencia de importantes cultivos industriales, como el tabaco y el algodón, podría justificar la impresión de nuestro informante, al alcanzar dichos productos altos precios en el mercado. No es esa, sin embargo, nuestra impresión. El algodón resulta cada vez menos rentable, en virtud del

régimen de tenencia de la tierra, y el tabaco aún no lo ha reemplazado. Ningún otro cultivo alcanza proporciones considerables.

Creemos, sí, que la población dedicada a la agricultura supera, por la misma naturaleza de su labor, a la empleada en ganadería. Por ser, además, quienes sustentan en su mayor parte el contingente migratorio, vamos a referirnos en particular a ellos.

Tenencia de la tierra

Ha quedado claro que la mayor parte de las tierras se halla en poder de los ganaderos. Veamos cómo se reparte el resto. El 61,52% de los terrenos (77.108 hectáreas) es propiedad del productor. Solo el 5% se arrienda particulares, el 1% se explota mediante el régimen de mediero o tantero, y un 6% se usa gratuitamente. Alcanza, sin embargo, un significativo índice de 24% (29.321 hectáreas) la superficie cuya utilización se oculta tras el rótulo de “otras formas”. Yendo a las 7.477 hectáreas arrendadas, vemos que el 64% abona ese arriendo en dinero, el 3% en especie y el 33% en “otras formas”.

La clasificación de explotaciones por escala de extensión nos da un indicador de la realidad del agricultor empedradeño: mientras el 44% de las explotaciones ocupan el 7% de la superficie (8.314 hectáreas), un 0,50% de los establecimientos ocupa el 18% (22.957 hectáreas) de la superficie. Esto revela la condición típica del pequeño agricultor minifundista, enfrentado y rodeado por grandes propietarios ganaderos. Tal estructura explicará, asimismo, la relación simbiótica establecida entre ambos, cuya disfuncionalidad no es una de las causas menores del éxodo rural.

En el cultivo del tabaco, por ejemplo, hay dos categorías de cultivadores dependientes (¿otras formas?): poblador, que trabaja su parcela y paga al propietario con dos o tres días de trabajo, y colono, que entrega el 50% del producto (mediero). Estos brevísimos aportes estadísticos no se desarrollan más por razones de espacio. Queremos colocarlos simplemente como fondo de una realidad que preferimos reflejar por el testimonio de quienes la viven.

Localidades de migración visitadas

El pueblo de Empedrado

Al elaborar una tipología sobre la base de los servicios para todas las localidades correntinas que contaban con representantes en Isla Maciel, habíamos ubicado

a Empedrado en los extremos más altos de la escala, junto a ciudades como Goya o Paso de los Libres. En efecto, su dotación de escuelas, correo, aduanas, transportes, etcétera hacia presuponer cierta envergadura. Chocaba con esta su escasa población: 3.715 habitantes. Los primeros informantes empedradeños en Isla Maciel rechazaron el nombre de “ciudad” que adjudicábamos al núcleo urbano, calificándolo en cambio como “pueblo”. “Será más o menos como la parte edificada de Maciel, sin la villa”, nos dijo Ana Flores de Andrada, de San Juancito. La incongruencia, pensábamos, solo podría tener una explicación: decadencia.

Nuestra entrada al pueblo corroboró esa impresión. A lo largo de la única calle asfaltada, en torno a la cual se estructura el resto, y que va a terminar en el puerto, se nucleaban viviendas y comercios. Almacenes, con caballos atados al infaltable palenque, veredas altas, galerías y columnas de madera tallada, adobe, techo de teja. La gente, sentada en sillas en las veredas, nos seguía con la mirada. El hotel donde nos alojamos carecía de cartel indicador, los pobladores –lo comprobamos después– ignoraban la nomenclatura de las calles, aunque no la ubicación de las familias. Bartolomé Mitre, arteria principal, se designa más bien por esa característica: “la principal”, y es, junto con las vías o el río, una de las pocas coordenadas para ubicar espacialmente al transeúnte.

El Departamento de Planeamiento Urbano del Ministerio de Obras Públicas provincial define así al pueblo, luego de detallar sus servicios:

Este conjunto de servicios se encuentra dispuesto, en su mayor parte, a lo largo de la calle principal, Bartolomé Mitre, única arteria pavimentada del pueblo, y que establece un enlace directo con la Ruta Nacional Nº 12. Alrededor de ella puede decirse que se configura la estructura urbana de Empedrado, ya que en su área se hallan dispuestos no solo los principales servicios, sino también la mayor parte de la actividad comercial y administrativa.

Estas características responden a factores de orden físico funcional: el orden físico lo establecen, por un lado, la vía férrea, con el ramal [actualmente no utilizado] que abraza al pueblo hasta el puerto y por el otro las cercanas barrancas, cuyos terrenos son arrastrados por las precipitaciones pluviales; el orden funcional se establece mediante las redes de los principales servicios [agua corriente, luz eléctrica, recolección de residuos, etcétera] que forman una malla cuyo eje principal está constituido por la única vía de tránsito pavimentada.

La influencia de estos factores es muy grande y constituye la trama de la estructura urbana. (Departamento de Planeamiento Urbano, Corrientes 1966: 1-2).

La ruta y el ferrocarril, pues, trazan una curva cerrada para llegar hasta el puerto. El ferrocarril ya no emplea esta vía, y el puerto es un simple pontón con un galpón vacío, donde rara vez atraca un barco (vimos uno solo que, por reparaciones, amarró allí). La oficina de aduana resulta incongruente en ese contexto.

No entraremos en largas digresiones históricas; unos pocos datos nos ubicarán provisoriamente en la historia de este pueblo, que es la de su rápida decadencia. Su nivel de servicios es, apenas, el testimonio fósil de una importancia que se preveía creciente, y que solo, en cambio, no ha cesado de declinar en los últimos cuarenta años.

Con un pasado ligado a las reducciones jesuíticas, Empedrado es fundado oficialmente en 1826. Su puerto se habilita en 1852, y en el censo de 1854 ya cuenta con tres mil seiscientos ochenta y cuatro habitantes, casi su población actual. En 1898 llega el ferrocarril. Desde esa época, el florecimiento es extraordinario: mejora la edificación, prolifera la vida cultural, arriban profesionales, se construye un fastuoso hotel de turismo: la Mansión de Invierno, cuyas ruinas todavía son visibles, se trasladan allí oficinas telegráficas y de correos, se instalan teléfonos...

El Sr. Raffeti, con sus ochenta años, fue testigo de esa época. Ex jefe de la aduana local y de la estación del ferrocarril, vive en una de las pocas mansiones del pueblo, inmensa casona ("chalet") con detalles neoclásicos, cuidado jardín y parque. En la década 1910-1920 llegaban hasta cincuenta barcos por mes, nos cuenta. Ahora no alcanzan a esa cantidad por año. Transportaban, sobre todo, materiales para el ferrocarril que eran trasbordados a sus bodegas en Buenos Aires. La calle principal era entonces de arena, marcada por las huellas de las carretas y carros de bueyes que transportaban pesados rollizos. Porque el quebracho en particular y las maderas en general, eran la gran riqueza de la zona, la que sustentaba su florecimiento en todos los terrenos.

Por Empedrado tenía salida, en barco y tren, la producción agrícola y ganadera en una vasta zona correntina: Saladas, Mburucuyá, y hasta Monte Caseros y Paso de los Libres, departamentos ubicados sobre el río Uruguay, enviaban allí sus productos. Había trenes que llegaban solo hasta la estación local, sin tocar la capital de la provincia. En ellos arribaban viajeros desde Buenos Aires a negociar con los prósperos comerciantes locales. Abundaban los artículos importados y se cultivaban en gran escala especies hoy casi inexistentes, como los citrus. La riqueza forestal del departamento hizo que, en 1910, se encontrara ya instalada la gran fábrica El Tanino, en las proximidades del arroyo Pehuajó, a 50 km de la capital de la provincia y a igual distancia de Empedrado. Pertenece a la compañía La Forestal y nucleaba a doscientos obreros en su entorno, que vivían allí con sus familias. En 1912, agotada la existencia de quebracho de interés industrial, la fábrica levantó sus instalaciones. Fue el primer golpe.

Los otros vendrían después: apertura del puerto de Goya, hacia 1920, que volcó hacia él las preferencias de los usuarios del transporte fluvial y, por último, en 1959, habilitación de la ruta asfaltada hacia Corrientes. La capital de la provincia absorbió la vida de Empedrado: a solo una hora y media de ómnibus, se la prefirió hasta para comprar.

El único hospital del pueblo no practica cirugía mayor. Hay que ir a Corrientes para curarse. No hay abogados, los pleitos se dirimen allá. Allí también habitan los grandes latifundistas, y hasta los docentes del pueblo y el campo, que viajan diariamente a sus tareas. Perdida toda influencia, Empedrado vegeta en torno a esos servicios fósiles, reliquias de su pasado. El dinero que entra es el de los empleados: los maestros dan vida, durante el invierno, a quienes les venden el almuerzo. Los alumnos compran en la única librería, distribuidora de textos y revistas. El único hotel alberga a la gente de paso, al constituirse en parada obligatoria de las líneas de ómnibus, ahora más frecuentes, hasta que terminen de construir la terminal. El cine cierra en verano, hasta marzo. Una red de pequeños servicios, muchos difícilmente ubicables dada la heterogeneidad de la mercadería, sirve al escaso mercado. El hielo, por ejemplo, no se fabrica. Se vende en casas de familia, aun en las de las más encumbradas.

El empleado pasa a ser un personaje importante. Conversaciones y entrevistas así lo reflejan: las muchachas y sus familias prefieren el matrimonio con empleados; en todas las clases sociales. Jamás con el campesino. “La agricultura es una lotería”, nos decía en Isla Maciel Alcides Andrada, cabo de Prefectura, campesino. Y una señora contaba, en Empedrado, la historia ejemplificadora de una joven que “supo esperar” y no aceptó un pretendiente del campo. “Ahora está casada con un empleado del ferrocarril. Están bien”.

Ese sentimiento de la seguridad que brinda el empleo fijo frente de la lotería representada por el trabajo agrícola constituye otro de los motores del incesante proceso migratorio, como veremos más adelante. Cabe acotar que no se trata de una fantasía, sino de una realidad objetiva.

El campo

Las islas

El área no urbana comienza inmediatamente en el linde del pueblo. En las barrancas se nucleaba, en ocasión de nuestra estadía, la población isleña o islera. Visible desde la costa, una extensa isla alberga a este grupo humano muy particular, que alterna la labor ganadera con el trabajo en un obraje allí existente, y los recursos

accesorios de la pesca y la caza de especies cuyo cuero aprovechan y/o cuya carne consumen (yacaré, guasuncho, carpincho, aves).

La extraordinaria creciente los empujó hasta las costas del pueblo, transportando su hacienda en balsas, quienes pudieron pagar el flete, o de una o dos cabezas, a remo en canoas medianas, los que no. Habitaban en casas de parientes o amigos, en refugios precarios cedidos por las autoridades, o levantaban sus ranchos de estanteo con los materiales trasladados pieza por pieza (hasta los clavos herrumbrados) desde su primitivo asentamiento. La población ya existente en la zona es también de origen islero y realiza periódicos viajes a las islas. Geográfica y socialmente constituyen las orillas de Empedrado, pero deben mantener con el pueblo vínculos familiares y comerciales importantes, puesto que, para ellos, aún la vía fluvial es la única posible.

No obstante la impresión de mayor primitivismo que puede producir su apego a formas de economía parasitaria, también están sujetos a la migración: tres familias contaban con representantes en el Gran Buenos Aires.

Se mantienen en la isla, según su propia expresión, porque allí es más fácil conseguir tierra y criar ganado. Esta zona constituye, además, seguro refugio para quien tenga problemas con la ley, aun en la clase alta. Su brazo no cruza tan fácilmente la barrera del río.

Lomas de Empedrado

A 11 km de la capital del departamento, en el cruce del viejo camino real a Corrientes, hoy abandonado, y la todavía vigente ruta provincial a Mburucuyá, se alza este caserío, al que sus habitantes suelen designar como “la loma”. El paso de vehículos explica este tipo de poblamiento: dos almacenes enfrentados sirven como parada para los ómnibus y proveen a la zona de todo tipo de productos. Además, cumplen funciones de acopiadores de algodón y tabaco, y son fuente del llamado “crédito particular”. Este es vital para los minifundistas vecinos, cuyas posibilidades de crédito oficial son escasas. El almacenero les entrega semilla a crédito, además de toda la provisión de comestibles, ropa, combustible, etc., que ellos abonarán con el producto de la cosecha.

Tal como observa personal del INTA –licenciado José Socas–, se prefiere cultivar especies duraderas, de conservación segura, antes que las económicamente más importantes y productivas, pero perecederas. Las primeras, a falta de numerario, sirven como moneda durante más tiempo, permiten –si la cosecha es excepcional– guardar parte como ahorro. Las segundas no tienen fácil colocación en el mercado.

Las legumbres tempranas se dan en abundancia en esta zona. Con una comercialización ágil, podrían suplir a los grandes mercados nacionales en épocas en que el producto no se obtiene en otros lugares del país. Sin embargo, no rinden lo suficiente como para volcarse decididamente a su cultivo. Falta una enlatadora de arvejas, por ejemplo.

En 1963, Miguel Hángel González (1963: 1) observaba que el algodón de Itatí era trasladado a la desmotadora de Empedrado. En 1966, ya no existía. Según Alejandro Raffeti, por entonces concejal en Empedrado, tuvo que cerrar por la imposibilidad de obtener crédito bancario. “El banco [reflexionaba Raffeti] piensa que deja sin una fábrica a un señor, pero no en los cientos de hombres que quedan en la calle”.

Frente al almacén de don Ubaldo Casas, se alza “la plazoleta”, lugar al que se referían nuestros informantes de Maciel: un pequeño cercado con algunos árboles y césped, sin bancos, monumentos ni baldosas, presidido por el cartel indicador de caminos. Allí suelen “pavear”, según expresión de nuestros informantes, los jóvenes de las cercanías. El almacén los nucleaba en torno a las mesas de truco, los tragos, las charlas o el simple curioso. Es uno de los pocos sitios donde “pasa algo”, aunque más no sean ómnibus o vehículos, en el poblado.

Más allá, la escuela, un enorme edificio de la década del cuarenta, cuyo alumnado disminuye año a año a raíz del éxodo temporal al Chaco, o del permanente. Con local para comedor escolar, pero sin partida para mantenerlo, con viviendas y baños privados para docentes que no viven allí, ni en la zona, sino en Corrientes o en Empedrado.

A 3 km, un destacamento policial completa la dotación de servicios, más el edificio en construcción de la capilla, esfuerzo comunitario que cuenta como animadoras a la señora del almacenero y a la directora de la escuela. A pesar de la profunda religiosidad de la gente, que reza el rosario en familia, venera imágenes, festeja los santos y acude presurosa a cada visita mensual del sacerdote, no se encuentran colaboradores honorarios. La señora de Menéndez, directora de la escuela, los justifica: el trabajo escasea demasiado, las oportunidades de ganar unos pesos son mínimas, ¿cómo exigirles ese esfuerzo?

Otra iniciativa anterior, obra de don Ubaldo Casas, fue frustrada: la blanqueada sala de primeros auxilios de material no cuenta con quien la atienda. Según don Ubaldo, esto se debe a cambios políticos. Interesa más construir otra nueva, en terrenos de un vecino correligionario de los gobernantes. Admite la importancia política de las obras sociales: “porque a la gente que usted le da un remedio, cuando llega el momento de votar, puede decirle: ahora le toca mostrar su agradecimiento”.

San Juancito

Siguiendo el camino hacia Mburucuyá, sin un núcleo centralizador como el cruce de caminos, se hallan a pocos kilómetros las diez casas de este “poblado de chacras”, como lo definiera un informante de Maciel, sin grandes explotaciones, salvo las estancias. Aquí también el “almacén de la Pedraza”, regentado por una mujer, es el centro proveedor del entorno rural, cada vez más despoblado. Más de la mitad de su población se encuentra ya en villas bonaerenses, la mayoría en Maciel.

Nos ceñiremos a una sola familia, que consideramos representa el conjunto, para reflejar la vida en la zona. Desde el almacén de la Pedraza parte un camino que, en ocasión de nuestra visita, se hallaba prácticamente anegado. Fue construido en terrenos cedidos por un estanciero y su trazado debía prolongarse hasta empalmar con una ruta. Cambios políticos paralizaron la construcción, y hoy solo es transitable a caballo o por tractores, porque es muy inseguro para otros vehículos. Hacia la izquierda del caminante aparecen sembrados de algodón, protegidos contra el mal de ojo por una calavera de vaca plantada en un poste; a la derecha, el alambrado marca los límites de una gran estancia ganadera, con praderas naturales.

A un kilómetro y medio por el camino está el rancho de adobe de don Ramón Flores, donde vive con su mujer y dos de sus cinco hijos. Los dos mayores están en Maciel, y el joven de diecisiete años en el Chaco para la cosecha. Quedan con él sus dos hijas menores, de nueve y cinco años. Don Ramón y Graciela, “la mayora”, se ocupan de trabajar el campo. El padre trajina con el arado de manquera y la yunta de bueyes, y la niña le ayuda. Muchas amiguitas suyas hacen lo mismo: la mujer debe afrontar desde temprano tareas antes reservadas a los hombres. A veces padre e hija regresan a almorzar, otras lo hacen en el campo. Otro tanto sucede con la siesta.

Don Ramón tiene un campo chico, apenas dos hectáreas, y debe entrar en relación con sus vecinos para poder cultivar más tierra, como tantero: entrega el 30% y se queda con el 70%, poniendo semilla y trabajo. Así y todo, no le alcanza. Quisiera tener más tierra. Para él, los estancieros se clasifican en buenos y malos, según permitan o no cultivar sus campos. Malo es el de enfrente, dueño del terreno que él plantó desde chico (“Y es tierra buena, no como la de acá”). Es un suizo, un gringo, que se interesa en la ganadería. Pero ni siquiera permite que don Ramón le abone el pastaje para sus veinte cabezas, cinco lecheras, que por razones obvias no puede guardar en su predio. Las tiene con otro vecino, un estanciero “bruto pero bueno”.

Sus dos hectáreas eran del suegro. Están flanqueadas a derecha e izquierda por los terrenos de su madre y los de su suegra. El minifundio se ha multiplicado en

la zona por sucesivas divisiones por herencia, según nos informa el licenciado José Socas, sociólogo del INTA. A veces son los jueces de paz legos quienes fragmentan aún más los terrenos, tratando de dar a cada hermano lotes de similar calidad según su altura, tipo de tierra, proximidad a aguadas, etc.

La dieta de esta familia no difiere de la que el INTA considera prototipo para los departamentos del noroeste de la provincia: “Desayuno: nada o mate cocido con torta de maíz; Almuerzo: puchero o guiso poco sustancioso, o estofado, o loco, o polenta. Merienda: nada o mate cocido; Cena: similar al almuerzo, pero algo más liviano, por ejemplo, tallarines” (INTA 1964: 4).

En ocasión de nuestra visita, se nos brindó un almuerzo excepcional: arroz con pollo. En un comienzo, los técnicos del INTA pensaron que las aves podrían suplir la carencia proteínica derivada de una dieta casi sin carne, pero llegaron a la conclusión de que su cantidad respecto de las numerosas familias las hacía insuficientes para tal fin.

Decíamos que esta familia típica, en cierto modo, a las familias de cuyo seno se desprenden los migrantes. Su jefe, de cincuenta años, se acerca a la edad promedio de los jefes de familia en la zona: cincuenta y cuatro años. Representa a aquellos “viejos y chicos” que, al decir de sus paisanos en Isla Maciel, pueblan hoy el interior correntino. Él mismo intentó la migración, y si bien tuvo que regresar, no desecha la posibilidad de irse nuevamente. Solo dos cosas reclama para decidirse: ir con toda su familia y obtener trabajo seguro, cosa muy difícil a sus años.

El éxodo

Un 25% de los correntinos nacidos en los tres departamentos mencionados (San Cosme, Capital y Empedrado) viven actualmente en otro lado. Esta cifra es probablemente inferior a la realidad, pues el universo se determinó con familias existentes, haciendo abstracción de las que ya habían partido.

La migración entre los varones se inicia a los quince años, la mujer inicia la carrera migratoria antes.

La mayoría de los migrados corresponde al grupo de edades de veinticinco a treinta y cinco años [edades fértiles]. Con esta evasión, la pirámide de población se estrecha en su base, con consecuencias futuras previsibles en cuanto paulatina disminución de la población de las zonas. (INTA 1964: 1-2).

Estas son las primeras conclusiones de la encuesta aplicada por técnicos del INTA. Como ellos mismos advierten, la realidad supera este 25% de migrados. Solo en Maciel habitaba el 5% de la población total del departamento.

Históricamente, el correntino inició hace ya tiempo su camino migratorio: primero a los ex territorios vecinos del Chaco, Formosa y Misiones, a los que llevó su peculiaridad cultural; luego, con la mejora de los medios de transporte y la disminución de oportunidades próximas, hacia las ciudades del litoral más prósperas e industrializadas: Rosario y Buenos Aires.

Migración a corto trecho

Pero la escuela migratoria comienza con recorridos más cortos. La Capital de la provincia ejerce aún cierta atracción sobre los estratos más jóvenes.

Jorge Martínez, agricultor de diecinueve años de Lomas de Empedrado, nos dijo que Corrientes no conviene como lugar de migración: solo se trabaja en changas, en obras municipales o públicas. Su hermano, de dieciocho años, estaba allá. En efecto, la capital correntina cuenta con una sola fábrica textil, insuficiente para absorber mano de obra.

Las muchachas pueden encontrar ocupación en el servicio doméstico. Si los sueldos resultaban exiguos para los que se pagaban en 1966 en Buenos Aires, superaban en mucho a los de Empedrado: la señora de Blanco cobraba allí \$500 mensuales para todo trabajo. En Corrientes, se podían conseguir \$1.000 o \$2.000.

El Chaco fue, en otro tiempo, asiento definitivo de población correntina. Hoy queda como un recurso para los jóvenes menores de diecisiete años, los niños y los viejos que quieren arrimar algún numerario a su deteriorada economía. Cabe acotar que desde 1963, en Isla Maciel, habíamos advertido el arribo de numerosas familias chaqueñas. Nos explicaban que, al disminuir el rinde del algodón, mermó el trabajo y resolvieron emprender el éxodo.

Don Ramón Flores tenía a su hijo de diecisiete años en el Chaco, y esperaba noticias suyas. Si le indicaban que había trabajo, iría; si no, no le convenía abandonar la chacra. Una familia vecina había viajado en bloque en esos días. Para él no eran exactos los datos que nos dieron ciertos informantes, se seguía yendo el Chaco.

Sin embargo, el cambio estaba dado en las características de los migrantes. Antes viajaba la población activa más valiosa, muchos para quedarse. Ahora, solo los viejos y los chicos, y por el período de la cosecha. Un informe no confirmado en

Isla Maciel señalaba la presencia de contratistas que se habrían trasladado a la villa para buscar cosecheros.

De todos modos, *absolutamente todos* nuestros informantes empedradeños en Isla Maciel conocían la migración al Chaco. Desde niños, con sus familias, viajaban a la orilla vecina a trabajar en el algodón.

Este fenómeno inicia así el progresivo acostumbramiento del joven a la idea del éxodo. Si bien en Isla Maciel, según los resultados de una encuesta realizada en 1956, la mayoría de los migrantes eran “directos a la villa”, sin etapas intermedias, no sabemos si se calibró lo suficiente la importancia de la migración periódica a corto trecho como motivadora de la más lejana.

En las zonas chaqueñas de Sáenz Peña y Machagay, algunos encuentran a sus patrones de años anteriores esperándolos. Otros, van a buscar colocación. Les llama la atención el tamaño de las fincas: ciento cincuenta a doscientas hectáreas. Los Andrada, doce hijos en total de dos diferentes padres, cultivaban como tanteros diez de las doscientas hectáreas de la estancia de su tío –por vía natural–, médico radicado en Corrientes. Jorge Martínez, el mayor de ocho hermanos, era uno de los propietarios de una finca de diez hectáreas. Don Ramón, con sus dos hectáreas, compartía una medida de superficie harto común en la zona.

En el Chaco los tractores trabajan día y noche, alumbrando con sus faros los surcos. Para don Ramón, el tractor es una desventaja: significa cuotas, obligaciones, pagarés muy superiores a la sencilla deuda que él contrae con el almacenero. Alcides Andrada, de Maciel, piensa que por esos motivos la crisis golpea más duro al tractorista. Consideraba, además, que los precios abusivos de los almacenes de “los gringos” en el Chaco no justificaban el viaje.

Motivaciones

La estrechez de las parcelas, la técnica rudimentaria aplicada, el progresivo empobrecimiento de las cosechas (“El algodón da muy bajo. La semilla no es la de antes”), los falsos precios anunciados por acopiadores que luego especulan con su angustia de vender para comprar a precios no compensatorios, obligan pues al productor a recurrir a la relación con el latifundista vecino o a la migración temporaria. Cuando ya ni estos remedios alcanzan, se busca la aventura del largo trayecto: Buenos Aires.

La cruda realidad económica esbozada sería suficiente para explicar el éxodo. Sin embargo, va acompañada de otros factores. Iniciando el proceso, se provoca una

suerte de reacción en cadena. La carta del familiar o el efecto de demostración del joven migrante que regresa de paseo influyen sobre los indecisos.

El viaje tiene gran significado subjetivo. Nos han relatado tres casos –cuya representatividad ignoramos– de jóvenes que viajaron a Buenos Aires luego de haber asumido conductas antisociales: desde simple “vagancia”, hasta la comisión de un homicidio. Se decía que su estadía en la ciudad los había mejorado mucho.

El migrante de paseo suscita expectativa y cierta envidia. Se lo moteja como “porteño”. “Pierden el guaraní, y no aprenden el castellano”, nos decía Ubaldo Casas, almacenero de Lomas de Empedrado. “Hablan con ye, no pronuncian la elle, no quieren hablar guaraní, dicen que no saben”, agregaba el joven Sierra, de Empedrado.

El consumo ostentoso –además de la vestimenta y arreglo– lo caracteriza: fumando los más caros, a los pocos días arman cigarritos, como todos, nos contaba el citado almacenero. Jorge Martínez, que esperaba ansioso el momento de partir, hablaba de los abusos que algunos comenten con ellos: aprovechan las “vueltas” de bebida que el migrante paga, haciéndose convidar exageradamente.

En Isla Maciel, los Andrada estaban todos sin excepción casados con muchachas de su pueblo. Es común que el joven regrese allá a buscar esposa. La señora de Casas acusaba a algunos de ellos de “haber llevado chicas a vivir en la miseria”. No nos consta, pero es probable que la realidad de las villas sea ocultada a la familia. De todos modos, esta no se horroriza cuando conoce el hábitat de sus muchachos. No es mucho peor que su propia vivienda, aunque carezca del aire libre, el recurso económico de “vender una vaquita cuando andás medio pobre”, o goce de menor hacinamiento, reputadas “defensas” o ventajas del campo.

Lo que sí se exige, y se envidia, es la seguridad. Si el candidato está empleado, si es posible en algo fijo, no importa el lugar donde viva en Buenos Aires: Isla Maciel, Lacarra o Villa Soldati pueden ser promisorios en esas condiciones.

Para algunos jóvenes, como Jorge Martínez, los muchachos se van “porque les gusta la nueva ola”. Él viste sombrero negro de ala corta, “jeans” y remera a rayas. Se apresura a aclararnos que ahora está de moda la cumbia, ya no Palito Ortega. Habla con entusiasmo de la televisión recién llegada, minimiza la importancia del chamamé, trata de urbanizarse mentalmente antes del gran salto, que va a dar cuando cumpla su servicio militar. Se sorprende de que sean portuarios, “changadores”, la mayoría de los pobladores de Isla Maciel. ¿Espera más?

Evidentemente, los medios de comunicación de masas, en especial la omnipresente radio a transistores, cumplen su función de diseminar pautas urbanas. Ese rechazo por el chamamé, verbalizado por algunos informantes, es solo una actitud periférica,

contradicha por lo que observábamos a diario: preferencia por esa música en los bailes, cultivo, animación instantánea en reuniones danzantes únicamente cuando un acordeón o una guitarra atacaban en vivo el ritmo autóctono, etc.

La edad de migración suele ser dieciocho años, y la libreta de enrolamiento el simbólico pasaporte, “porque ¿a dónde van a ir sin libreta?”, como se preguntaba Ana Flores de Andrada en Isla Maciel. A veces puede demorarse el trámite hasta la conscripción. Alcides Andrada, que tuvo que cumplir el servicio en la Marina, se quedó por ese motivo en Buenos Aires, y fue el primer eslabón en una larga cadena de migrantes sanjuaneros.

Los factores de repulsión del área campesina son visibles y conscientes en toda la población, en cualquier estrato. El Sr. Sierra, dueño de un negocio en Empedrado, nos decía:

¿Qué puedo darle yo a mis hijos aquí? Los hago estudiar, es claro, pero no tienen nada que hacer en el pueblo. La única carrera que se le puede dar es la de maestros, con la Escuela Normal. Mandarlos afuera significa un gasto que no puedo afrontar. En este país se habla mucho del campo, pero no se lo conoce. Yo les diría a los que dicen “no abandonen el campo” [añadía jocosamente] que ellos vengán acá y nosotros vamos allá...

Justificaba la búsqueda de trabajo afuera y afirmaba que, si hoy quedan solo los viejos, es porque “¡qué vamos a irnos ya!”. Alejandro Raffeti, joven concejal, lamentaba el éxodo, aunque lo entendía. Deseaba que los muchachos volvieran, “porque a veces uno se pone a pensar, y le entran ganas de irse también”.

La falta de trabajo, pues, y la búsqueda de oportunidades que estadísticamente constituía el 80% de la motivación migratoria en la población de la villa en Isla Maciel tiene bases sólidas. Ana Flores de Andrada, hija mayor de don Ramón, al preguntarle nosotros si había fábricas allá, observó: “No, no hay [...] ni una. Por eso la gente se va, ¿ve?”. Es decir que la relación industrialización-éxodo es vivida conscientemente por los mismos incursos en el proceso. En eso nuestra informante coincidía con el concejal Raffeti, maestro y hombre de gobierno.

Los factores de atracción hacia la ciudad son muchos, pero creemos que prima, sobre todo, el ya señalado de la *seguridad* de empleo. Si bien el 65% de la población de la villa está constituido por peones jornaleros y obreros no especializados, sujetos al vaivén del trabajo portuario o a la ola de despidos de los frigoríficos, esa inseguridad relativa del medio urbano no se compara con el capricho de la naturaleza en la zona agrícola o la trampa de los precios mentidos, la tierra insuficiente y el crédito interminable que ata al productor a su exigua parcela. Entiéndase bien: consideramos que la migración, tal como se da, no soluciona en

profundidad ningún problema, pero es la única alternativa a la que la gente puede recurrir en las actuales condiciones.

Alcides Andrada sonreía cuando le preguntaron si los servicios hospitalarios de Isla Maciel superaban a los de su pueblo. Allá estaba a cinco leguas del más cercano, y aquí a tres cuadras. Jorge Martínez, de Lomas de Empedrado, ejemplifica: “si estás enfermo y vivís una hora y media, te vas a Empedrado a curarte”. A un hospital, por cierto, con servicios mínimos y carente de recursos elementales.

El agua que bebe don Ramón Cantero es de charco. La de los isleros, del río. José Socas nos informó que la de pozo está contaminada, pues en pocos casos guarda los veinticinco metros de distancia sanitariamente aconsejables en Corrientes respecto de las letrinas. Por algo la parasitosis es el mayor azote de la zona.

En Isla Maciel hay agua corriente. Se guarda en tanques de petróleo, al igual que en Empedrado, con lo que su calidad no es óptima. Pero es mejor.

Los niños que van al Chaco, a las cosechas, no concurren a la escuela. La ciudad les facilita, al menos teóricamente, la posibilidad de cumplir su escolaridad.

Isla Maciel, punto de arribo

Sobre las márgenes del Riachuelo, que la separa del barrio porteño de la Boca, se encuentra Isla Maciel. La componen dos sectores diferenciados:

[El llamado] sector Isla Maciel propiamente dicha: diez manzanas con viviendas, preferentemente de chapas de zinc, en su gran mayoría, un 85% tipo conventillo, de dos o tres pisos; patio común, correspondiendo a cada familia una o dos piezas, cocina y una pequeña galería [...] El sector villa Maciel ocupa una superficie equivalente a cuatro o cinco manzanas, típica “villa miseria” construida sobre terreno fiscal por familias [provenientes] [...] en un 85% del litoral argentino. (DEU-CEDS s.f: 1).

Actualmente, es más extensa y forma parte de un cordón ininterrumpido de villas similares. Dentro de la complicada geografía de la villa, los empedradeños se distribuyen en diferentes sub-barrios: Ana Flores de Andrada, hija de don Ramón, habita en Quinta Motta. Su casa de madera, como las demás, está construida en palafito, en previsión de las inundaciones. Hay bastante espacio entre las viviendas, formando casi una pequeña plaza. Algunos sauces llorones dan al sitio la fisonomía ribereña de las costas bonaerenses, a pesar del barro ennegrecido por las aguas del Riachuelo y el cercano astillero. Ana trabaja en Ciabasa, fábrica de artículos alimenticios y de limpieza, al igual que su marido. Tiene tres niños, y

se ayuda dando pensión a algunos hombres, recién llegados del campo. Dice no conocer muchos empedradeños en Maciel.

Hace unos años estuvo aquí su padre. Trabajó en la ampliación del subterráneo, en Plaza de Mayo. Cuando concluyeron las obras fue despedido y tuvo que regresar a la chacra. Los Andrada son varios, al menos tres familias y varios jóvenes solos. En total, unas quince personas, todas de San Juancito y Lomas de Empedrado. Viven en Villa Nueva, ya cerca de Dock Sud, en casillas prefabricadas. Alcides, jefe natural de la familia y hermano mayor, es cabo de la prefectura, pero tiene otro trabajo. No le alcanzan los \$12.500 que cobra. Con él está su medio hermano Luis, y Eduardo Castillo, casado con una Andrada, que trabaja en el frigorífico Anglo.

Luis acababa de ser despedido de Ciabasa, y con el dinero de la indemnización viajó a San Juancito, entre otras cosas, para casarse. Pensaba permanecer allá unos tres meses, tiempo que incluía la fiesta de la Virgen, que no quería perderse.

Alcides solo quiere volver a su tierra para pasear. Sus quince años de Buenos Aires no le han hecho olvidar el guaraní, que habla en familia, ni su contacto con la disciplina de Prefectura y los servicios asistenciales disminuyeron su creencia en el payé como agente patógeno y la eficacia de la cura como secreto sobre las inyecciones, para ciertos males. Hombre ponderado, no cae en el desprecio sistemático mostrado por otros paisanos hacia su lugar de origen (“pueblo atrasado, nunca adelanta”; “arenal, solo mosquitos hay”; “un comisario gana 7.000 pesos, un policía 6.500, ¿quién va a ir allá?”), ni en la fantasía reivindicatoria de su hermano Luis: “Empedrado está todo asfaltado, hermoso...”.

Ellos son los habitantes permanentes de Maciel, casi adaptados a su realidad. No ven o no comunican ciertas cosas, tal vez más visibles para los muchachos “embarcadizos” que encontramos de paso por Empedrado, eternos migrantes en los buques fluviales que les permiten retomar periódicos contactos con su pueblo. Ellos verbalizaron, tras largas reticencias, ciertas cosas de la gran ciudad.

El correntino en Buenos Aires

Isla Maciel no tiene buena fama en Empedrado, sobre todo en quienes han tenido con ella un contacto esporádico. Familiar y plácida para don Ramón Flores, normal para Alcides Andrada, puede ser un nido de malevos para la señora Andrada de Roca. Desde el bar que regentea con su esposo, en Empedrado, niega todo parentesco con los demás Andrada de la zona, “malevos, criminales”. Esos están en Maciel.

Fue terrible para Tito, joven marino fluvial, asaltado en plena noche por una comisión policial que no le permitió explicaciones ni a él ni a sus amigos que

paseaban, “y de un solo sopapo nos pegaron a los cuatro”. Desde entonces, juró ante el policía “no pisar más la Isla Maciel”.

Cándido Sánchez, usualmente socarrón y festivo, recuerda amargamente su experiencia en las villas: “Si hay un robo, se meten en tu casa, te sacan así estés desnudo, te llevan por veinticuatro o cuarenta y ocho horas, te hacen tocar el pianito (tomar las impresiones digitales), todo te sacan. Y donde saben que hay dos o tres correntinos, allá van a buscarlos”. Este y otros relatos similares provocaban el asombro de don Víctor Roca, dueño del bar donde se reúnen los jóvenes de clase baja de Empedrado (existe clase media, prácticamente no alta). No concebía semejante procedimiento, que en el pueblo provocaría un escándalo. Fue entonces, al pedirseles precisiones, cuando los jóvenes confesaron algo avergonzados que su residencia habitual en Buenos Aires eran las villas, aunque no Maciel.

Frente a este tipo de inseguridad, Cándido Sánchez acotaba: “Yo admiro al rosarino y al porteño, porque hablan. No se dejan llevar así nomás, protestan, dicen que no hay derecho”. Y agregaba, en guaraní ¡Ñe-é, chamigo! (¡Hablan, mi amigo!). Esa afirmación dio sentido a una serie de testimonios aislados que habíamos recogido: el paisano es callado, nos decía un periodista de la ciudad de Corrientes, parco. Las mujeres prefieren para casarse al hombre hablador (licenciado Socas). Lo primero que se nota en el joven que regresa es que habla más, antes no se les conocía la voz, y luego hay que ver cómo charlan (Bianco, farmacéutico de Empedrado). Se olvidan el guaraní, dicen muchos. El “¡Hay que ver cómo hablan!” se repite incesantemente.

Alcides Andrada nos hacía notar cómo el correntino trata de disimular cuando habla guaraní, “no como el paraguayo, que habla a los gritos en cualquier parte”. En el bar donde se suscitó el diálogo antes señalado, la triste conclusión fue: “Atrasado es el correntino. Cuando vienen directamente, peleamos. Para eso sí [...] ¡Pero para hablar?...”.

Peter Heintz (1965: 49 y siguientes) señala la importancia del uso de marcos de referencia abstractos, basados en el lenguaje, en la comunicación urbana, y la desventaja que al respecto padece el campesino. Esta es mucho mayor para el que proviene de una zona bilingüe, aunque la lengua indígena haya perdido vigencia y se mezcle cada vez más con el castellano. El guaraní es disimulado por el correntino, aun en la ciudad de Corrientes, y su uso se considera propio de las clases inferiores. El castellano, sin embargo, conserva el tuteo guaraní, y es por ello usado con timidez en el medio urbano. Esas dificultades de comunicación nos fueron consignadas, en nuestra experiencia en Maciel, por múltiples migrantes correntinos. La supuesta parquedad y laconismo del paisano no es otra cosa que la carencia de un marco de referencia tan elemental como el lenguaje, en común con su interlocutor.

Así, el correntino entra a la ciudad con una apreciable desventaja para hacer frente a las arbitrariedades que la vida en la villa impone.

Perspectivas

El espacio nos impide extendernos más. No queremos dejar pasar la oportunidad, sin embargo, de señalar algunas realidades y tipificar de algún modo la política oficial hacia la migración. El lugar de origen, Empedrado, se despuebla irremisiblemente. Viejos y niños quedan en sus mínimas parcelas, sobreviviendo o esperando el momento de partir. Nunca hubo una política de colonización que los librara de su destino, por el contrario. Ya en 1963 Miguel Hángel González advertía, en Itatí, la presencia de:

Treinta colonos que han sido desalojados del campo “El Sombrerito” [en Empedrado] –hoy destinado a estación experimental del INTA– que desde hace cinco años están esperando la entrega de nueva tierra, dentro de las 17.000 hectáreas fiscales que se conocen en Itatí como *campo de huérfanos y pobres*. (1963: 29; énfasis agregado).

En ese tiempo, se gestionaba la radicación de cien colonos argelinos. Ya están allí, y ocupan setecientas hectáreas de las que se desalojó al agricultor nativo. Los llaman “colonos millonarios” por su impresionante equipo mecanizado, la elevada productividad que han dado a los terrenos y su larga estadía (seis meses) en el hotel más caro de la capital correntina.

Los excolonos expulsados forman hoy un proletariado rural que habita las llamadas villas miseria rurales, fenómeno observado por el licenciado Socas, tratando de proveer mercaderías y mano de obra a sus nuevos patrones argelinos. La agricultura que practica el colono correntino no interesa económicamente. El estanciero suizo de San Juancito lo ha comprendido: no entra en tratos con sus vecinos, abandonó las pautas patriarcales de sus colegas criollos, que aprovechaban políticamente la dependencia del minifundista, creándose una verdadera clientela en su sentido latino. Apenas si entra en tratos con la “clase alta” de la zona, en una común alianza ganadera. Y la ganadería no requiere mano de obra abundante, es incapaz de ofrecer oportunidades a una masa regular de población.

Parecería existir un plan para suplantar a los migrados por agricultores de origen europeo, pasando el pequeño propietario criollo a situación de dependencia. Quizás este opte por combatir la miseria con recursos ilegales, como el cuatrismo. Ya hay grupos, como los cañaderos o bajeros, que encuentran en él su *modus vivendi*, protegidos en la inaccesibilidad de sus bañados. Algunos

ganaderos reconocen su derecho: “Si no comen carne, los pobres, ¡qué van a hacer! Cuatreclean”. Pero advierten: “Mientras no me roben mis vacas...”.

La industrialización no entra en los planes. No puede haber una enlatadora de arvejas donde estas no se producen, entre otras cosas “porque no se puede tomar gente para la cosecha: de diez kilos, se comen dos” (Jorge Martínez). El algodón no alcanza a competir con el chaqueño, el tabaco no tienta aún al productor rudimentario (“Es difícil [decía don Ramón Flores], delicado”) y, en el mejor de los casos, caerá en manos de grandes empresas.

¿Cuál es, pues, la solución oficial hasta ahora esgrimida? El turismo. Empedrado cuenta ya con hotel y casino, se piensa fomentar la pesca en su río, mejor dotado en especies como el dorado, el surubí y el patí que el internacionalmente famoso Paso de la Patria. Todo el pueblo está esperanzado en este nuevo recurso: desde el islero que piensa venderle leña al hotel, hasta el bolichero que sueña con el comprador turista, o la dueña de la distribuidora de publicaciones, que considera el juego malo en sí, pero bueno como fuente de dinero. Dudamos que la población del departamento se beneficie demasiado con este paliativo. Paso de la Patria, cuyo pueblo vegeta junto a la lujosa hostería, es un buen ejemplo.

Mientras no se encarere seriamente la radicación del colono en su tierra, en parcelas económicamente rentables, con especies de rendimiento seguro (legumbres y pimiento, aconsejados por el INTA), con el apoyo técnico que ya está en la zona (INTA), esta generación de agricultores que heredó del guaraní la vocación hortícola irá a engrosar, legítimamente y en cantidades crecientes, la periferia bonaerense o la rosarina.

Desde el gueto campesino, donde la discriminación lo margina en cuanto criollo, pasará al gueto urbano. Allí conocerá nuevos rigores, nuevas pruebas de esa discriminación. Alguien dirá que debería volver al campo, pero sabemos que no puede. ¿Cuál es, pues, el lugar que el país reserva para su población nativa, si parece resultar indeseable tanto en el medio rural como en el urbano? Hasta ahora, esta pregunta sigue sin respuesta.

Referencias citadas

- Departamento de Extensión Universitaria de la UBA. Centro de Educación para el Desarrollo Social Isla Maciel. s.f. “Características de la comunidad (DEU-CEDS)”. Buenos Aires, mimeo.
- Departamento de Planeamiento Urbano del Ministerio de Obras Públicas de Corrientes. 1966. “Empedrado en la actualidad” (copia mecanografiada) (DPU-Ctes).

- González, M. H. 1963. "Observaciones antropológicas en Itatí (provincia de Corrientes)". Buenos Aires (mecanografiado).
- Heintz, P. 1965. *Curso de sociología*. Buenos Aires: Eudeba.
- INTA. 1964. La sociología en el trabajo con campesinos. Corrientes: Rotaprint.
- Lewis, Oscar. 1961. *Antropología de la pobreza. Cinco familias*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Ministerio de Obras Públicas de Corrientes. Departamento de Planeamiento Urbano (MOPC) 1965-1966. "Informe relacionados con aspectos generales. Vivienda, educación, trabajo, sanidad y servicios en localidades de la provincia". Corrientes.
- Dirección Provincial de Estadística de Corrientes. 1962-1963-1964. "Síntesis estadística de Corrientes". Mimeo